

Fragmentos de historia popular/III

Eva Salgado Andrade

Hablar de historia popular conlleva una importante vertiente: la difusión, la búsqueda de canales alternativos para que la historia se convierta en un conocimiento colectivo y compartido. Las páginas siguientes darán cuenta de una experiencia que tuvo como premisa fundamental la difusión popular de los procesos de Independencia y de Revolución, materializados en los periódicos mensuales *La Independencia/hoy* y *La Revolución/hoy*. El proyecto fue auspiciado por la Comisión Nacional de Celebraciones del 175 aniversario de la Independencia Nacional y 75 de la Revolución Mexicana, y fue llevado a cabo por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Es interesante, una vez concluida la labor, efectuar un recuento de los planteamientos que orientaron la investigación, elaboración y distribución de las mencionadas publicaciones, a fin de sistematizar los resultados y emprender en el futuro experimentos similares.

Es muy común que algunos intentos de difusión cultural, preocupados por ofrecer a su público fragmentos de las “altas esferas del conocimiento”, caigan en el extremo de volverse incomprensibles y elitistas. O bien la difusión de la historia, ante el temor de ver derrumbarse algunos de los grandes mitos nacionales, se convierte en un pretexto para insistir en posiciones artificiales de amor a la patria. Por último, numerosos intentos de difusión, incapaces de ingresar con éxito al mercado cultural, simple y sencillamente no tienen oportunidad de salir a la luz pública.

Frente a tales consideraciones, la oportunidad que surgió de elaborar periódicos sobre la Independencia y la Revolución no era nada despreciable y había que proceder con cautela a fin de aprovecharla al máximo posible.

Por otra parte, conocer, comprender y reflexionar en torno a los procesos de Independencia y Revolución es una labor constante y obligada. No importa cuánto se haya insistido en la esencia de nuestro pasado histórico, cuántas veces hayamos escuchado los nombres de los héroes que nos dieron patria o cuántos desfiles hayamos presenciado, el contacto con la historia debe ser permanente, pues sólo entonces el presente —no importa cuán riguroso sea— adquiere más significado.

Con base en estos planteamientos se estructuraron las series *La Independencia/hoy* y *La Revolución/hoy*, cuyo título respondía precisamente a esa idea de vigencia permanente de la historia.

Se concibieron en total 12 números por serie; cada uno abordaba un año específico. Para Independencia, el periodo fue de 1810 a 1821, en tanto que para Revolución abarcó de 1906 a 1917. Las etapas se determinaron teniendo en cuenta, entre otras, las siguientes consideraciones:

En lo que se refiere a la Independencia, al comenzar con el año de 1810 se dio especial relevancia al movimiento popular desencadenado por Miguel Hidalgo; sin embargo, mediante una cronología retrospectiva y la inclusión de un artículo interpretativo, se dejaba bien claro que

estos sucesos eran consecuencia de acontecimientos que se remontaban de manera directa a la España de 1808, así como a los tres siglos de dominación colonial en la Nueva España. Por otro lado, el último número, dedicado al año 1821, no caía en el optimismo infundado de suponer que tal fecha cerraba el episodio de la lucha independentista.

En el caso de la Revolución, se eligió 1906 pues es a partir de entonces, con los actos protagonizados por los miembros del Partido Liberal Mexicano y los mineros de Cananea, cuando la inconformidad en contra de la larga dictadura porfirista se hizo presente en forma organizada. En contraste con el esplendor del porfiriato, se perfilaban cada vez más los síntomas que en breve desencadenarían el movimiento armado. Por lo que respecta al último número, si bien la promulgación de la Constitución de 1917 representaría una importante meta de la lucha, se hizo hincapié en que la pacificación aún tardaría, en tanto que el proceso revolucionario —por su misma esencia— no puede considerarse acabado.

En cada año, a la par de los principales hechos históricos, se consideraron aspectos de la vida cotidiana, cultural, artística; la información no se limitó a la descripción de hechos militares o políticos de trascendencia. Se concibió que la historia está conformada por infinidad de pequeñas manifestaciones y se procuró abordar tantas de ellas como fuera posible.

Es importante mencionar que la distribución de los periódicos se hizo fundamentalmente a través del diario *La Prensa*, que se encuentra entre los que gozan de mayor aceptación popular y cuya información se conforma primordialmente de asuntos políticos, nota roja, deportes y actividades del ámbito artístico. La distribución también se realizó de manera directa en escuelas y bibliotecas, para un público eminentemente juvenil. Se trataba entonces de que los periódicos fuesen pedagógicos sin caer en lo trivial; concisos sin omitir lo importante; amenos sin aterrizar en lo frívolo.

Pensar en formas alternativas de comunicación siempre lleva consigo la obligación de planear cuidadosamente no sólo qué se va a decir, sino cómo decirlo; como señala Raúl Trejo en *La Prensa marginal*, “para que un mensaje sea atendido, debe estar formulado en términos que llamen la atención del receptor y que sean comprensibles por él”.¹

Fue necesario tener presente que el lenguaje periodístico no se circunscribe a lo estrictamente lingüístico, “el periódico viene todo entero con su piel; el encabezado, la tipografía, el emplazamiento y el contexto no son solamente un marco, sino que constituyen la sustancia de la información”.² Para el lenguaje periodístico se han jerarquizado tres diferentes sistemas de signos: lingüísticos, paralingüísticos (que engloban todo lo tipográfico) y lo lingüístico (elementos iconográficos)³; lógicamente, cada uno de ellos entró en juego.

Para estructurar el contenido se recurrió a toda clase de fuentes: bibliográficas, historiográficas, documentales, hemerográficas, entrevistas de historia oral, artículos de interpretación, cronologías, fragmentos

¹ Raúl Trejo Dalarbre, *La prensa marginal*, Ediciones El Caballito, México, 1975, p. 138.

² Maurice Mouillaud, *El sistema de los periódicos*, París, Larousse, 1968 (Traducción UAM-Xochimilco), p. 38.

³ Miguel de Moragas, *Semiótica y comunicación de masas*, Ediciones Península, 2a. ed., Barcelona, 1980, p. 94.

de novelas y poemas, corridos, en fin, todo aquel material que pudiera dar cuenta de lo ocurrido año tras año.

Una vez seleccionado el material, se procedió a estructurar las páginas que conformarían los periódicos. Se tenía presente que “el significado no se transmite sólo por las palabras, sino también por el tamaño de un titular, su posición en la página y la de la página en el periódico, el uso de la letra cursiva y otras características tipográficas”.⁴ La presentación de la información no podía seguir un orden cronológico, pues limitaría las posibilidades de destacar un hecho con respecto a otros. Por lo tanto, en la primera plana de cada uno de los periódicos incluimos lo que se consideraba como fundamental, no sólo para el año en cuestión, sino en el marco completo del proceso de la Independencia o de la Revolución.

Era necesario, por otra parte, ofrecer una especie de guía interpretativa sobre la significación de cada año y los hechos que en él se sucedieron. Por lo tanto, la primera plana ofrecía también una síntesis, formulada en lenguaje sencillo. Casi con idéntico fin, se incluyó en los periódicos una cronología comparada entre los hechos más importantes de nuestro país y los del mundo. Se pretendía con esto vincular nuestro propio devenir histórico al de otras naciones, las cuales en mayor o menor medida repercutían o eran afectadas por aquello que tenía lugar entre nuestras fronteras.

Para el resto de las páginas, se buscó siempre la mayor unidad posible por cuanto correspondía al tema o temas abordados. A manera de ejemplo: en el número de 1906, correspondiente a Revolución, la huelga de Cananea se dio a conocer a través de un artículo de fondo (si se permite la libertad de hablar en términos de lenguaje periodístico); artículos hemerográficos tomados de *El Colmillo Público* del 24 de junio de 1906; una caricatura política alusiva a la represión de que fueron objeto los mineros; una fotografía de los mineros en huelga; una emotiva cita de Esteban Baca Calderón y por último, una carta que José María Carrasco, vecino de Cananea, dirigió en ese año al gobernador Rafael Izábal. Como contraste interesante se insertó una breve antología hemerográfica que, con el título de “Progreso material”, informaba acerca de la opulencia y la miseria, la prosperidad reflejada en las cifras gubernamentales frente a los reclamos del pueblo, las primeras provenían de *El Diario del Hogar*, en tanto que las segundas de *El Colmillo Público*. Este conglomerado de informaciones, opiniones e ilustraciones podría ofrecer una noción clara, desde múltiples aspectos, acerca de lo que significaba la huelga de Cananea.

Por regla general —aunque por razones de espacio hubo que hacer excepciones—, la última página se dedicaba a la vida cotidiana, cultural, artística, a mostrar que la Independencia o la Revolución no fueron solamente guerra y más guerra. La vida, aunque sin duda un tanto alterada, proseguía su marcha. Se pretendía demostrar cómo la gente de esas épocas seguía teniendo diversiones sociales, y comía, se vestía, compraba y vendía; se enfermaba y protestaba. Los pintores, escultores y escritores, algunos imparciales y otros no tanto, seguían ofreciendo muestras de su capacidad.

Estas secciones, aunque por su contenido ya de por sí resultaban amenas, se presentaron con la mayor cantidad disponible de recursos

⁴ Camilo Taufic, *Periodismo y lucha de clases*, Nueva Imagen, 6a. ed., México, 1979, p. 159.

tipográficos: recuadros, subrayados, inversión de cabezas, fotografías, grabados, anuncios publicitarios, etc. Se procuró hacer títulos sugerentes, cosa fácil si reflexionamos sobre los grandes problemas que antes y ahora nos aquejan: “Problemas de tránsito”, “El grito... de la moda”, “Ese antiguo problema de la carne”, “¡Que cosa tan admirable es el pulque!”, “Aviso oportuno”, “Escandaloso homicidio”, “Para la mujer gorda”, “Para lavar la ropa blanca”, “¿Quiere usted tener un buen bigote?”. Comprobamos que la amenidad no tiene por qué ir reñida con la seriedad.

En la presentación del primer número de la Independencia, se anunciaba: “A partir de una revisión global de fuentes, documentos, periódicos, ensayos, diarios y memorias, queremos dar a conocer parte de las experiencias vividas durante esos once años de guerra por la Independencia, durante los cuales se definen proyectos e ideales— se combate en forma intermitente y se gesta así el Estado nacional”.

Creemos que en gran parte este propósito se realizó, pues los doce números de la serie ofrecen un detallado panorama que abarca lo político, económico, social, militar, cotidiano y cultural, mediante múltiples fuentes. Por ejemplo, el año de 1810 no se limitó al episodio protagonizado por Miguel Hidalgo: se extrajeron de fuentes hemerográficas, principalmente, descripciones de los “Problemas de tránsito” que en las ciudades originaban los “cocheros al mezclarse en las fiestas con el gentío de a pie”; o una entusiasta carta dirigida al director del *Diario de México* donde se ponderaban las virtudes curativas del pulque; se publicó también el soneto de “Las tertulias del café”, de F. Matías Rionor, cuyo tema principal eran los que por esa época ocupaban la atención de los concurrentes a los cafés.

Al buscar un enfoque alternativo de la historia tradicional, no era necesario suprimir la noción de “los personajes”. Si bien se insiste en que un hombre solo no hace la historia y que generalmente su función ha sido sobrevalorada y mitificada, pensamos que tampoco es cuestión de eliminarlos de tajo; más bien se vio la conveniencia de retomar el concepto de “los personajes”, pero vistos desde una perspectiva más humana, presentándolos como seres humanos y no como héroes. Así por ejemplo, se incluyeron semblanzas de algunos de ellos:

Miguel Hidalgo: Descrito por Lucas Alamán como: “(...) de mediana estatura, cargado de espaldas, de color moreno y ojos verdes vivos; la cabeza algo caída sobre el pecho, bastante cano y calvo, pero vigoroso (...) Poco aliñado en su traje, no usaba otro que el que acostumbraban entonces los curas de pueblos pequeños (...)”

Josefa Ortiz de Domínguez: De quien Julio Zárate expresara: “(...) el entusiasmo que la dominaba comunicábase fácilmente a sus contertulianos (...)”

José Joaquín Fernández de Lizardi, quien se autodescribió como: “(...) muy flaco y muy enfermo, parezco gato enlagartijado, no soy útil (y lo juro) para coger el fusil contra los enemigos de la Patria; pero tengo bastantes fuerzas, expedición y unos cuantos cañones de guajolote, para disparar, a carga cerrada, mucha metralla de chismes contra los enemigos de nuestros estómagos (...)”

Por otra parte, se pretendió rebasar el ámbito de los “personajes por excelencia”. Se dio cabida, pues, a semblanzas de otros hombres y mujeres cuyos nombres, al paso del tiempo, caen cada vez más en el olvido.

Tal fue el caso, por citar algunos, de José Antonio Torres, Rita Pérez de Moreno, José Manuel de Herrera, María Josefina Martínez, Encarnación Rosas, Valerio Trujano, Andrés Delgado y María Petra Teruel.

El interés que desde el inicio de la serie se tuvo en reforzar la perspectiva regional de estudio de la Independencia se volvió obligado y felizmente necesario, sobre todo en aquellos años en los que aparentemente "no pasaba nada". Existían épocas, por ejemplo la que va de 1816 a 1819 (excepción hecha de la llegada de Mina en 1817), donde la falta de acciones decisivas en el centro originaba grandes lagunas en torno al proceso del movimiento independentista. Se dio entonces lugar a la presentación, a través de fuentes testimoniales, bibliográficas y hemerográficas, de acciones como las de Pedro Ascencio en Guerrero; de Andrés Delgado en El Bajío; del cura Marcos Castellanos, de José Santa Ana y Encarnación Rosas en la isla de Mezcala, así como de todos los habitantes de esa isla, a la que defendieron con "hondas, palos y uno que otro sable".

Se procuró evitar las versiones maniqueístas en las que los insurgentes eran "los buenos" y los realistas "los malos". Desde esta perspectiva, Félix María Calleja fue descrito no como un enconado realista que persiguió sin tregua a los insurgentes; al contrario, se retomó lo que respecto a él apuntó Alamán: "un hombre de buen semblante, modales corteses y cultos, aire majestuoso y a veces severo, conversación amena y agradable, pues además de la instrucción propia de su profesión, era hombre de mucha lectura, especialmente de historia (1..)"

Uno de los grandes problemas que se tuvieron que enfrentar fue la escasez de fuentes iconográficas referidas al periodo de Independencia. Nuestra intención de ofrecer la mayor parte de semblanzas acompañadas de la respectiva imagen para reforzar el texto, tuvo que ser un tanto modificada, puesto que en varios casos difícilmente se contaba con datos biográficos precisos; peor aún resultaba el asunto de contar con un retrato fidedigno. Esta situación pudo subsanarse en parte, recurriendo a algunas historias regionales que, no obstante, caían también en la tentación de ofrecer su contenido como un apéndice de lo ocurrido desde la perspectiva central; invariablemente, aparecía Miguel Hidalgo, Morelos casi siempre, Guerrero, Iturbide y, entre los personajes femeninos, *La Corregidora* y Leona Vicario. A este respecto, es imprescindible resaltar la gran cantidad artística e histórica de las numerosas ilustraciones contenidas en la obra *México a través de los siglos*. Otra contribución fundamental a la iconografía de la Independencia se encuentra en la obra de Juan O'Gorman, que en múltiples ocasiones se convirtió en valioso recurso para apoyar gráficamente los periódicos de la Independencia.

La experiencia fue igualmente positiva con los periódicos de *La Revolución/hoy* en cuyo primer editorial se asentó: "Mes con mes esperamos reconstruir, rescatar y salvaguardar ese pasado común. Retomaremos trozos de nuestra historia, episodios cotidianos y extraordinarios, momentos y acciones que reflejen el diario combate; las pugnas ideológicas; la creatividad social y cultural; el carácter singular de una economía de y en la revolución, a fin de comprender en su gran vastedad, esa búsqueda que fue, a fin de cuentas, la Revolución Mexicana".

Los primeros números de esta serie, que abarcaron los años de la agonía del porfiriato, mostraban, por un lado, las manifestaciones de inconformidad que cobraban paulatinamente mayor fuerza y, por otro, las acciones que el régimen de don Porfirio emprendía en su afán

de proseguir con la paz y el progreso material. Todo esto se presentaba desde diversos puntos de vista, utilizando varias fuentes, a fin de presentar un panorama lo menos dogmático posible.

Para la difusión de algunas etapas del proceso revolucionario, algunos estudios históricos fueron de gran utilidad, tales como *Breve historia de la Revolución Mexicana* de José Mancisidor, así como otros de Arnaldo Córdova, Moisés González Navarro, Eugenia Meyer, Adolfo Gilly y Fernando Benítez. Por la concisión y amenidad con que describían y explicaban algunos aspectos en torno a la Revolución, se recurrió a la inserción textual de fragmentos de estos textos.

También se echó mano de las obras de intelectuales contemporáneos a la época de la lucha armada, como fue el caso de Francisco Bulnes, Alfonso Reyes, Ricardo Flores Magón, Práxedes Guerrero, Luis Cabrera y Andrés Molina Enríquez.

Se incluyeron algunos documentos trascendentales para comprender el proceso revolucionario, aunque por razones de espacio tuvieron que ser editados: el programa del Partido Liberal Mexicano, el Plan de San Luis Potosí, el Plan de Ayala, el discurso respecto al problema agrario pronunciado por Luis Cabrera el 3 de diciembre de 1912 en la Cámara de Diputados, el Plan de la Empacadora, el Plan de Guadalupe, la Ley del 6 de Enero de 1915, la Ley Agraria de Francisco Villa, la Convocatoria al Congreso Constituyente y algunos artículos de la Constitución de 1917.

Con el fin de ofrecer una perspectiva diferente, con la que los lectores pudieran identificarse, se transcribieron numerosos testimonios de testigos presenciales de los hechos, en su mayoría de las entrevistas de historia oral que conforman el *Archivo de la Palabra* del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Movimientos como el zapatismo o el villismo, de fuerza primordialmente popular, resultaban más comprensibles a través de las impresiones de la gente que vivió de cerca estos momentos en forma tal vez anónima, pero no por ello menos importante.

Las manifestaciones populares fueron muy valiosas para los objetivos de difusión; los corridos, por ejemplo, expresaban —de manera ingeniosa y amena— el sentir popular respecto a lo que ocurría. Para la obtención de este material fueron muy valiosas las antologías de corridos de Armando de María y Campos, *La Revolución Mexicana a través de los corridos populares*, así como *Los corridos de la Revolución Mexicana* de Jesús Romero Flores. En este sentido, los grabados de José Guadalupe Posada y, en general, las caricaturas políticas de la época, ofrecieron un insustituible material gráfico.

Al igual que en los periódicos sobre la Independencia, la cuarta página de los de la Revolución se destinó a la difusión de lo cultural, artístico, cotidiano; es decir, de todo aquello que diera cuenta de cuanto sucedía al margen, por así decirlo, de la Revolución.

De la revisión de fuentes hemerográficas se extraían notas referentes a fiestas populares, modas (masculinas y femeninas), recetas del hogar y de cocina (la mayoría de las cuales conservan aún su utilidad), avances científicos y pseudo-científicos (“El monstruo que vive en Marte”), actividad teatral y cinematográfica, reglas de urbanidad, etc. Desfilaban por la cuarta página intelectuales y artistas como Manuel M. Ponce, Julián Carrillo, Mariano Azuela, Emilio Rabasa, Eduardo Liceaga, Enrique González Martínez, Antonio García Cubas, etc., quienes independientemente de sus simpatías políticas contribuyeron al desarrollo

de la vida cultural de nuestro país. En resumen, se procuró demostrar que los años que van de 1906 a 1917 tuvieron más, mucho más que combates militares y políticos.

Por supuesto que, a la par de los logros, es necesario reconocer también las fallas, pues sólo así se puede hacer de ésta una experiencia positiva. Por ejemplo, el espacio más bien reducido de que se disponía obligó a excluir gran cantidad de material que sin duda habría enriquecido la visión del proceso revolucionario; esta situación fue particularmente notoria en aquellos años, tanto de la Independencia como de la Revolución, en los cuales tuvieron lugar múltiples hechos fundamentales: en el intento de aborarlos todos fue necesario presentarlos con mayor brevedad de la deseada.

El trabajo de elaborar mes con mes los periódicos de *La Independencia/hoy* y *La Revolución/hoy* produjo, sin duda, la mayor satisfacción al constatar las reacciones que suscitó en nuestro reducido —pero heterogéneo— grupo de lectores. Niños, jóvenes y adultos, para quienes la historia en ocasiones es oscura y carente de interés, encontraron en estas publicaciones un motivo de esparcimiento y, más importante aún, de reflexión. Quienes participamos en su elaboración aceptamos con agrado que, aunque no hubo grandes aportes en cuanto se refiere a la investigación de nuestro proceso histórico, contribuimos a ese gran objetivo en el que todos estamos involucrados: difundir nuestra historia, a fin de comprender y mejorar nuestro presente.